



causa de las enfermedades, hasta que por fin la guerra le obligó á desistir de este empeño,

Mas no todo era vana pompa, pues que concentraba el rey en palacio todo lo que podia excitar la admiracion y acrecentar el poder del Estado. Por aquel tiempo se reunieron en Paris todas las grandezas y las glorias del mundo. Veíase allí á Cristina de Suecia, que ambicionaba de nuevo un trono del cual habia descendido voluntariamente; á Pedro el Grande, que deseaba trasplantar á su rígido clima un ingerto de aquella civilizacion; á los Estuardos, que no creían perdido para siempre el trono de Inglaterra, miéntras que Luis XIV les prodigase sonrisas. Los misioneros de la China anunciaban que hasta por allí se difundia la gloria de su gran nombre; llegaron de Africa salvajes, á los cuales se creía haber convertido al cristianismo; hasta del mismo Siam le enviaron una embajada. En vista de esto, ¿qué cabeza hubiera podido resistir á la embriaguez de tantas adulaciones? El entusiasmo que inspiraba, se prueba con el gran cuidado que se ha tenido en darnos á conocer hasta los menores detalles de su vida, con lo mucho que se respetaba en él lo que en otro cualquiera era un defecto imitar; con la facilidad con que prodigaban por él sus servidores sus riquezas, el talento, la sangre y hasta la reputacion ¿Puede pedirse más? Sus contemporáneos le consideraban como hombre de gran estatura, hasta que la revolucion, sacándole de su sepulcro para arrojarle en una cloaca, tuvo la curiosidad de tallarle, hallándola menos que regular: ¿tanto fascinaba la continua pompa de que se hallaba rodeado! La adulacion proporcionaba un gran poder á sus ministros, los cuales preparaban frecuentes ocasiones de prodigar incienso á Luis, repitiéndole incesantemente que era el mejor capitán del siglo, el político más hábil y el crítico más sagaz. Creyendo él que todos obedecian porque suponía suyas las ideas que otros le habian sugerido, se figuraba que gobernaba sin ministros porque firmaba las órdenes de su propio puño; y estos lo podian todo con tal que persuadiesen al rey que él lo hacia todo.

¿Qué tiene de extraño, por consiguiente, que

no atendiendo Luis XIV más que á sí mismo, todo lo refriese únicamente á él? Por esta razon desconfiaba de todos los que eran de un mérito superior, y nivelaba á todos sus súbditos, humillando á la grandeza; no permitía que recibiese nadie la justicia y las distinciones más que de su mano, usando de mucha gracia para encontrar motivo para una distincion en cualquier bagatela. Más de quinientas personas asistian para verle afeitarse ó ponerse el calzon; la ciudad entera era admitida á verle comer, y tomaba purgas y vomitivos á presencia de los grandes. Los viajes, fiestas y paseos le presentaban frecuentes ocasiones de distinguir ó mortificar á alguno; además de los honores positivos añadia otros ideales, aguijoneando los celos y las esperanzas con todos sus actos, una vez agotados los títulos y condecoraciones, inventó un justillo de un corte particular, que no podia gastarse sin privilegio especial; el honor de ponerle la camisa, de entregarle el baston, de tenerle el sombrero ó la bujía miéntras decia sus oraciones, y la diversa altura é inclinacion que el sombrero debía tener al saludar, eran cosas en él calculadas, y por esto ambicionadas de todos. Y queria que así sucediese; y por esta razon notaba los que asistian ó no á su tocador, á su antecámara y á las fiestas; no pudiendo prometerse destino alguno aquel que no fuese puntual, y respondia á sus solicitudes:

*Si apenas le ve!* Era tambien admirable el modo con que hacia un regalo, decia una gracia; y cuán á tiempo sonreía. Cuando Bossuet empezaba á darse á conocer, Luis hizo que escribiesen al padre de aquel, congratulándose de que poseyese un hijo de tanto talento. Hasta en las reprensiones se valia de cierta gracia; habiendo roto un dia Lezun la espada en su presencia, jurando que no volveria á servir á un rey tan injusto, éste por toda respuesta arrojó su baston por una ventana, exclamando: *No se dirá nunca que he apelado á un caballero.* Tal era el buen tono que constituía el carácter de la sociedad de aquella época.

«No habia quien igualase á Luis XIV en las fiestas, en las revistas y hasta en sus acciones más insignificantes; su modo de andar, su por-



te, su continente, todo era medido, decente, noble y majestuoso, y sin embargo, natural; á esto contribuía tanto la costumbre como la conformacion de su persona, que le prestaba gran facilidad. Así era que en los asuntos más serios, en las audiencias de los embajadores, y en las ceremonias más solemnes, nadie causaba tanto respeto como él, y era menester estar acostumbrado á su voz para no correr el riesgo de turbarse al hablar con él... Sus respuestas eran concisas, comedidas y llenas de entereza y de dignidad, y rara vez dejaban de ser graciosas y hasta adulatoras cuando lo creia necesario. El respeto que infundia su presencia en cualquier parte que se hallase, imponía silencio, y hasta una especie de pavor. Relativamente á todo esto la señorita de Scuderi decia que conservaba el aire de señor del mundo hasta jugando al billar.

En palacio los empleados de la casa y las personas que ademas eran convidadas, saboreaban en doce meses una comida tan suntuosa como la que pudieran tener otros reyes. En los pequeños palacios de Marly todas las damas hallaban en sus cuartos un tocador, en que no faltaba nada de cuanto pudiera desearse. En los bailes enriquecia su persona con todo aquello que pudiera contribuir á realzar su belleza y su dignidad; las condecoraciones cubrian completamente sus mangas y pecho, y á veces se presentaba llevando encima de sí mas de ocho ó diez millones en alhajas. La magnificencia y los placeres del espíritu formaban parte de su grandeza: improvisábanse pórticos, teatros y anfiteatros; los torneos de la edad caballeresca se mezclaban con los dramas de la época; las divinidades paganas con las personificaciones. En las fiestas que se celebraron en Versalles en Mayo de 1664, fueron mantenidas á expensas del rey seiscientas personas de la corte con todo su acompañamiento y servidumbre. El primer dia se pasó revista á todos aquellos que debian tomar parte en un torneo; marchaban precedidos de heraldos, pajes y escuderos, con divisas y escudos, en los cuales se hallaban escritos versos de Perigni, de Bensarade y de otros que sabian hermanar el buen gusto y la agudeza con alusiones felices, en el estilo entónces de

moda. Iba el rey á caballo, esparciendo rayos de luz de diamantes que adornaban su corona. Ultimamente venia cerrando la comitiva un elevado carro del sol, rodeado de las estaciones, de las cuatro edades, de las horas y los signos del Zodiaco, marchando todos al sonido alternativo de las trompas, cornamusas y violas, siguiendo detrás varios personajes que recitaban versos dedicados á la reina, la cual se hallaba bajo unos arcos triunfales en compañía de más de trescientas damas para ver y ser vista. Terminado el dia y con él las justas, más de cuatro mil antorchas iluminaron el espacio lleno de fiestas y de amores; y se sirvieron las mesas por mas de doscientos personajes, entre los cuales figuraban faunos, silvanos, driadas, estaciones, pastores, vendimiadores y segadores. Pan y Diana, que se hallaban sobre una montaña movable, descendieron para colocar sobre los manteles todas las producciones más exquisitas de los campos y de los bosques. Muy poco despues, y como por encanto, apareció detrás de las masas un teatro semicircular, lleno de músicos, alumbrado con candelabros de plata como el resto del espectáculo, y cerrado por una balaustrada dorada. Suprimiremos la descripción de las fiestas de estos siete dias, en las que Luis XIV ganó cuatro veces el premio de los juegos, dejando despues que los caballeros se disputasen los demas. Molière, con la *Princesa de Elide*, contribuyó tambien en mucho con sus infinitas alusiones, á la amenidad de estas fiestas.

Con aquel fausto debía producir gran contraste la sencillez de los holandeses pues el gran Witt sólo tenía un criado, y el almirante Ruyter, que acababa de obtener señaladas victorias, llevaba él mismo la maleta desde la embarcacion á su casa, y nunca se le vió en coche. No agradaban mucho á Luis aquellas cualidades, porque personas de tan cortas necesidades no se dejaban corromper con facilidad, y así es que Witt resistió á sus espléndidas seducciones.

Mas no puede negarse á Luis el mérito de haber fundado parte de la ciencia del gobierno en la elegancia de la corte y la dignidad de la nacion. Sabia herir la imaginacion, y obtenia



su objeto, que consistía en sacrificar impunemente los intereses del pueblo, y en hacer necesaria la corte á los señores que por ella abandonaban sus castillos, en los que aún sobrevivían las ideas de resistencia. ¿Qué se hace? ¿qué se dice en la corte? Esta era la pregunta que todos hacían. La corte era el centro de todas las intrigas y el modelo de la elegancia: había placeres para todas las edades y sexos, y servían de mofa todas las virtudes domésticas y la sencillez de la vida de los campos; en las enmascaradas y comedias, se ridiculizaba la sencillez de los aldeanos, de modo que la insolencia llegó á convertirse en servilismo. Algunos destierros y beneficios bastaron á extinguir el espíritu de oposición, reducido por entonces á pueriles intrigas. Los príncipes, que poco antes amenazaban á la corte con retirarse á sus estados, fueron sumisamente á constituirse presos en la Bastilla á disposición del ministro. Los grandes olvidaron su antigua independencia para ir á hacer la corte; disminuyeron con exorbitantes gastos su fortuna, y con ella el respeto que se les tenía. Para repararla efectuaron enlaces con la clase media, á la cual habían despreciado antes, y comenzaron á desaparecer las distinciones en medio del fausto universal.

Colbert se desconsolaba al ver que era preciso mantener á todos aquellos nobles que carecían de hacienda; pero Luis sabía convertirlos en instrumentos para satisfacer su ambición. Multiplicó los oficiales y disminuyó el ejército; abrió á los nobles el comercio marítimo, sus preocupaciones les impidieron dedicarse á él, y de aquí nacieron los caballeros de industria. La nobleza adulaba para obtener títulos y pensiones, introduciendo máximas de opresión para el pueblo; en medio de un brillo prestado y de un poder artificial, perdió todo su prestigio como cuerpo político, faltándole los dos lazos principales, es decir, los Estados Generales y la convocación de guerra. Confundida ya con el ejército, se acostumbró á una sumisión á la que como vasalla se hubiera negado; y permitió también que la antigüedad del nacimiento fuese pospuesta á la antigüedad en el servicio.

Todo tenían libertad para hablar al rey, pero solamente al ir y volver de misa, ó cuando pasaba de un aposento á otro, si bien tenían que reducirse á pocas palabras, á las cuales respondía siempre: *Veré*. Después de esto, remitía todos los asuntos á sus ministros, hasta las cartas más reservadas. Si por casualidad podía llegar alguno hasta él, le encontraba deseoso de saber la verdad, justo en hacerse cargo de las preocupaciones, y tolerante cuando le replicaban. De modo que tenía gran cuidado de alejar de él á todos para que no se disminuyese el desmesurado poder de los que le rodeaban.

Pero con una ilusión propia de los años limitados, creía obrar por sí, cuando no hacía otra cosa más que seguir á los demás: sostenía que «se reina por medio del trabajo; que las funciones de un rey consisten en dejar obrar al buen sentido; que un rey debe decidirse por sí mismo, porque sólo los señores pueden determinar; y que en el caso en que la razón no pueda ya aconsejar, él debe guiarse por el instinto que Dios ha dado á todos los hombres y más principalmente á los reyes.» «Extraño orgullo es el creer que esté reservada á los monarcas una inspiración especial. Calificaba de trabajo asiduo el tiempo que perdía en pequeneces: daba gran importancia á los consejos de Estado, creyendo de este modo dirigir el mundo; pero lejos de ver las cosas del modo que Richelieu y Mazarino, y lejos de poseer su fuerza de voluntad, se dejaba llevar de los caprichos y de las pasiones; era siempre solícito en atender á frivolidades, inepto para los vastos proyectos, y carecía de aquella moderación que es uno de los caracteres de la fuerza; en la elección de sus ministros y secretarios consultaba únicamente á su capricho, prefiriendo no á los que mostraban un talento superior, sino á aquellos que ignorándolo todo, tenían que aprender de él. Según nos dice el canciller Le Tellier, de veinte asuntos que se le atribuían como suyos, diez y nueve decidía de acuerdo con el ministro; pero para demostrar que él era el rey, se reservaba el contradecir alguno, sin más razón que el estar tal vez muy recomendado.

Gustaba se le informase de toda clase de



puerilidades: las galanterías y vulgaridades: una turba de emisarios le referían mil aventuras, con arreglo á las cuales daba ó quitaba su gracia, y en vista de las cuales decidía de las personas, sin que sirviesen para hacerle cambiar de resolución las pruebas en contra que pudiesen darle. Mientras tuvo á su alrededor á aquellos grandes hombres que Mazarino le había dejado, calculaba con prudencia, obraba con precisión, preparando los acontecimientos en vez de esperarlos, haciendo también concurrir á sus fines á los hombres, al tiempo y á las circunstancias; pero lo que prueba que fué casual la acertada elección de los primeros, fué la mala elección de los últimos. Porque si en su juventud, al revés que los demás, todo fué política y sagacidad para conservar la paz, rehusando siempre comprometer su hermosa marina, más tarde fraguó guerras ciertamente por nada, haciendo recaer sobre la Francia el odio y la desconfianza acumulados contra la casa de Austria. Estos efectos se debieron á los ministros; y la envidia entre Louvois y Seiguelay costó á la Francia torrentes de sangre. Luis poseía cualidades especiales para impedir el engrandecimiento de los demás; y al querer engrandecerse le causaban disgustos todos los que tenían importancia personal, un nacimiento elevado, gloria ó talento. Alejó del consejo á los príncipes de la sangre y más tarde del mando de las tropas. Tenía envidia de la habilidad de Colbert y de Lionne, así como también del valor de Condé y de Luxemburgo. De aquí se desprende que el arte de los que le rodeaban, consistía en no manifestarlo y en disimular el dominio de Lionne sobre el rey, que tomaba la forma de un consejo, el de Louvois de una lisonja, y de amor el de la Maintenon.

Cuando el rey no era ya solamente el primero de los poderes, sino que también concentraba en sí mismo todos los elementos de la sociedad, llegó á hacerse importante su vida privada, pues que había comunicado al Estado las debilidades inherentes á la naturaleza humana. María Teresa, su esposa, que era mujer de costumbres puras, pero de escaso talento, inepta para mantener un círculo, y extremadamente celosa, no le cautivó el corazón, y él

lo entregó á una serie de amigas, algunas de las cuales han cobrado tanta fama como él mismo. Luisa Francisca le Blanc de la Beaume se enamoró de Luis, despreciando el amor y la mano de muchos, hasta tanto que el rey lo advirtió y la correspondió, venciendo su honor y su devoción. Supo conservar el pudor aun después de perder la virtud y sustrayéndose á los homenajes que se le tributaban en premio de su debilidad, veneraba en el silencio de su corazón un sentimiento, que debía expiar amargamente. Habiéndose extendido la voz de estos amores, se retiró á un monasterio; mas Luis lo supo, y sacándola de él la dió el título de duquesa de la Valière; á pesar de todo, ni los hijos que tuvo de él, ni su gracia y dulzura, lograron detener el voluble corazón de Luis. En efecto, muy en breve la pospuso á la señora de Montespan; y cuando aquella se le quejó de esto, Luis respondió que su sinceridad no le permitía negarlo, y que ella debía conocer que un rey como él debía tener libertad. Volvió, pues, la Valière á la contemplación de Dios, de la cual la habían sacado sus amores en que tan poca parte tuvo la ambición. Quiso retirarse al campo; pero el rey no lo consintió por temor de que se casara y defraudase á sus hijos de los suntuosos regalos que les había hecho. Encerróse, pues, en las Carmelitas, y Bossuet pronunció con este motivo un magnífico discurso. Luis la compadeció entonces para olvidarla después. En esta época la Valière cumplía cuarenta años, y hasta los setenta y cinco vivió en aquella religiosa orden, en que se dormía en un sepulcro; y habiéndosele dicho un día que había muerto su hijo, exclamó: «Debo llorar más su nacimiento que su muerte.»

Muy distinto corazón poseía aquella que la sustituyó, es decir, Francisca de Mortemart, esposa del marqués de Montespan. Era hermosa y de vivo ingenio, y supo atraerse la atención del rey con sus dichos agudos más bien que con belleza, procurando huir en un principio de las asechanzas de Luis; pero no siendo secundada por su marido, tuvo que sucumbir, y de este doble adulterio nacieron ocho hijos. La Montespan pensó ménos en ocultar el es-



cándalo, que asegurar por este medio su fortuna; más tarde (cosa que la Valière había evitado) quiso mezclarse en los negocios, tomó parte en los consejos, y se la pedía su parecer; teniendo también el talento de tolerar los caprichos del rey, á quien ofrecía frecuentes conquistas amorosas una corte donde se premiaba el vicio. Colbert se aseguró en la gracia de su señor interviniendo en la clandestina fecundidad de la Valière y en las intrigas de Montespan. Tales eran los servicios en que empleaba el gran rey á sus ministros.

La Montespan ayunaba con escrupulosidad, de lo que habiéndola manifestado su admiración la duquesa de Usez, aquella le contestó: «¿Pues qué! porque yo haga un mal, ¿debo cometer todos los demas?» Su conciencia no se hallaba muy tranquila, y Luis XIV también daba principio ya á sus alternativas de amor y de devoción, continuando de este modo muchos años una lucha entre el deber y la pasión. La Montespan inspiró ó alimentó en Luis el amor á la magnificencia; refinó su mal gusto, favoreció á los grandes literatos de aquel tiempo y á los hombres de verdadero mérito, y el rey le fué deudor de muy excelentes consejos. El dominio que ejercía sobre este y el alarde que de ello hacía, la ligaban á él todavía más que el cariño, por lo que se dijo con razón que la Valière amaba á Luis, y la Montespan al rey.

Estas dos mujeres se hicieron célebres por entregarse al rey, pero otra alcanzó por su resistencia la misma celebridad, y su vida constituye una completa novela. Francisca de Aubigné nació en las prisiones de Niort, donde su padre, que era protestante, se hallaba encerrado por deudas, y allí permaneció hasta que á la edad de tres años, fué conducida por éste á la Martinica para no tener que abjurar su religion. Habiendo vuelto á Francia en el apogeo de su juventud y de su talento, se hizo calvinista y después católica por fuerza; pero hallándose sin recursos, sus amigos persuadieron á Scarron que sacase de la miseria á esta infeliz hermosura; y Scarron que se había hecho poeta por pura envidia, y que se hallaba enervado é impotente por sus vicios, se desposó con ella, pero no fué su marido. Colocada en me-

dio de la sociedad libertina que Scarron recibía en su casa, en la edad en que el pudor se asusta hasta de mostrarse ofendido; en una ciudad en que las costumbres eran, no sólo libres sino desenfrenadas, brilló por su talento y por sus modales; pero celosa de su buena reputación, usaba de la mayor circunspeccion para no dar aliento á las tentativas, ni pretextos á la maledicencia; y en una época en que con tanta ligereza se hablaba de las mujeres, nada se dijo de la Scarron, antes bien, fué ensalzada tanto por su austeridad como por su belleza. Scarron al morir la dijo: «Os dejo sin recursos; la virtud no los proporciona, pero sed siempre virtuosa.» Luego que éste hubo muerto desaparecieron de su casa todos los que la frecuentaban, dejando reducida á la Scarron á la limosna que recibía de la parroquia, viéndose obligada á vivir en un miserable cuarto con solo una criada; pero en la difícil posición de viuda cuidó siempre de conservar intacta su reputación, que era su idolo en medio de tantos ataques. Ella misma escribió: «La habilidad mayor consiste en tener una conducta irreprehensible. Yo no pretendía ser amada de nadie en particular, pero sí quería que todos profiriesen mi nombre con elogios y respeto, y conseguir además la estimación de las personas honradas.» En atención á los méritos de su marido pretendió una pensión, pero en vano; é introducida por sus amigos en algunos palacios, desempeñaba en ellos las humildes comisiones de pedir leña, mandar poner el carruaje, y cuidar que estuviese bien servida la mesa; la necesidad de agradar le hizo aprender la ciencia del mundo. Nombrada al fin por la Montespan aya de sus hijos espúreos, no aceptó sino por orden del rey, y por la circunstancia de ser hijos de éste: por otra parte, se sujetaba sin violencia á todos los inconvenientes de la reserva, y mandaba que la sangrasen á fin de no ruborizarse cuando la hablaban en las reuniones. Con las dádivas que el rey la prodigó, compró las tierras de Maintenon, cuyo nombre usó en adelante.

Luis al principio miraba con desconfianza á esta mujer cuyo ingenio y virtud temía, pero ella procuraba por todos los medios posibles



convertir al rey y á su querida, cuyo carácter consiguió dulcificar, cosa que el rey le agradecía y le inspiraba cada vez más confianza.

La Montespan, la orgullosa beldad que no podía resignarse con su desgracia, tuvo celos de su rival, no pudiendo soportar el verse obligada á ocultar el amor de que tanta ostentación había hecho. De este modo fué perdiendo terreno en el aprecio del rey, quien cada día amaba más á la Maintenon, y decía: «Esta sabe amar; qué placer más grande que ser amado por ella.» Verdad es que las quejas de la Montespan y las amonestaciones de la otra no impedían al rey que se enamorase de la Fontanges; pero ésta murió después de haber contribuido á destruir la fascinación que causaba la Montespan, y al fin la Maintenon fué la encargada de despedir á su rival.

¡Qué golpe para aquella orgullosa mujer el tener que abandonar una corte tan brillante, y en la que por espacio de trece años había figurado en primer término! Una vez retirada se acogió á la religion; vivió en la oscuridad, mortificando su cuerpo y haciendo toda clase de beneficios, y se humilló hasta el punto de pedir perdón á su marido, que se lo negó entonces del mismo modo que se le había negado cuando una criminal connivencia hubiera podido engrandecerle.

Luis, gastadas ya las fuerzas, había ligado á su persona á un charlatan que por medio de frecuentes baños intentaba devolvérselas. La Maintenon se consideró como destinada por Dios para redimirle de sus vicios, y en efecto, supo granjearse de tal modo su estimación que llegó á casarse con ella sin concederle ninguna distinción pública, pero sí todas las privadas. En la boda sirvió de testigo Louvois, al cual juró el rey que no la publicaría jamás: después, habiendo querido Luis publicarla, Louvois se arrojó á sus piés suplicándole que le matase primero. Aquellos severos magistrados, y los mismos austeros prelados que hasta entonces habían sufrido con paciencia los adulterios de Luis, se escandalizaron ante la idea de que en el trono de los Capetos pudiera sentarse la mujer de Scarron, la compañera de lecho de Ninon; y los historiadores que enco-

miaron á Luis XIV adúltero, no le perdonan cuando pide humildemente la bendición para su matrimonio con una persona particular.

Para ella no había secretos de Estado, y se tenían las conferencias en su gabinete. Respondía á los pretendientes que no podía nada; se hacía la ignorante con el rey, que la preguntaba muchas veces: «¿Qué le parece de esto á vuestro talento?» pero entre tanto ella había dispuesto ya el negocio con el ministro para inclinar la voluntad real en favor de la persona ó cosa que deseaba. Importaba mucho á los ministros tener de su parte á esta mujer, que hallándose constantemente al lado del rey podía aprovechar el momento para derribarlos. Reservada por precisión con él, no podía dar á conocer entereza de voluntad, y se inclinaba á la intriga; pero cuando él la negaba alguna cosa, se ponía á llorar y caía enferma, y de este modo la conseguía. La elevación de la Maintenon equivalió sin embargo á un retiro, puesto que sólo veía á dos ó tres damas y raras veces algunas más. Escribía á la Maisonfort: «¿Que no pueda yo daros mi experiencia! que no pueda demostraros el fastidio que devora á los grandes, y lo mucho que se fatigan para ocupar sus días! ¿No conocéis que yo me muero de tristeza en medio de una fortuna que era locura esperar? Joven y hermosa he gozado de los placeres, y fui querida de todos: en una edad más madura he pasado algunos años en el ejercicio del talento: subí al favor y os aseguro, hija mia, que en todos los estados hallo un vacío espantoso.»

Luis amaba á la Maintenon, á sus hijas y á la nuera, pero solo por sí, y con tal que no destruyesen sus designios y no le molestasen en sus horas. Quería que cuantos se hallasen á su lado fueran robustos, alegres y dispuestos á toda clase de excesos. Ni las enfermedades, ni la falta de fuerzas, ni las debilidades, ni el embarazo dispensaban á las damas, ni á sus hijas y amantes de presentarse con vestidos ajustados, bailar, comer y correr sin temor al aire, al sol ni al agua, según mejor le parecía. La Maintenon, aunque estuviese indispueta, se veía precisada á asistir á la música y al consejo, que se celebraba al rededor de su le-